

## En Seattle con Ángel Crespo

JOSÉ MARÍA BALCELLS

Universidad de León

jbald@unileon.es

Por mediación de Antonio Sánchez Romeralo, el poeta Ángel Crespo (1926-1995) fue invitado a la universidad del estado norteamericano de Washington para dictar un curso sobre poesía modernista española e hispanoamericana en el campus de Seattle, en calidad de profesor visitante, desde los primeros días de enero de 1987 hasta julio del mismo año. Durante dicho periodo impartió también un ciclo de seminarios sobre el escritor romántico Ángel de Saavedra, duque de Rivas, cuya colección de leyendas *El moro expósito* había sido objeto de su tesis doctoral, que defendió en la universidad sueca de Upsala en 1973. Dicha contratación es un síntoma evidente de que la reputación de Crespo estaba ya más que asentada, merced a sus poemarios y traducciones, así como a sus ediciones y estudios académicos, frutos de su labor como hispanista y lusitanista. Mi propósito ahora es trazar un escueto recorrido bibliográfico por los hitos que desde los setenta jalonaron su nutrida y del todo singular trayectoria creativa y filológica.

Entre 1973 y 1977 vieron la luz sus traslados al castellano del *Infierno* (1973), el *Purgatorio* (1976) y el *Paraíso* (1977) de Dante, junto con *Un siglo de poesía retorrromana* (1976), colección pionera por muchos motivos. Cuatro años después, publicaría la *Antología de la poesía modernista*, a la que siguieron nada menos que siete obras —de naturaleza un tanto heterogénea— en el plazo de un bienio: las traducciones de tres textos en lengua portuguesa, *El poeta es un fingidor* (Fernando Pessoa, 1981), *Lo que dice Molero* (Dinís Machado, 1981) y *Antología poética* (Eugénio de Andrade, 1981); un par de ediciones críticas de sendos poemarios de

Juan Ramón Jiménez, *Animal de fondo* (1981) y *Antología jeneral en prosa* (1981), con la colaboración de Pilar Gómez Bedate en el caso de la segunda; y dos creaciones propias, *Donde no corre el aire*, conjunto lírico, y *La invisible luz*, el segundo de sus compendios de aforismos.

El primer volumen recopilatorio de Crespo, *El bosque transparente* (1983), aglutinaba sus cuatro antologías publicadas entre 1971 y 1981, además de añadir un quinto título, hasta entonces inédito: el *Libro de Odas*. 1983 fue otro año prolífico para el poeta manchego, pues entonces también llevó a la imprenta la edición crítica de *El moro expósito*, así como la versión española de la *Chanson de Roland* de Turoldo y sus memorables recreaciones líricas de los *Sonetos y canciones* y el *Cancionero* de Francesco Petrarca. Un par de años más tarde ve la luz, con prólogo y notas, su admirable traslado al castellano del *Libro del desasosiego* de Fernando Pessoa, cuya complejidad constituía un auténtico reto filológico. También saca en dicha añada la serie de ensayos *Estudios sobre Pessoa* y la antología poética *Parnaso confidencial*. Datan igualmente de 1985 su edición de *Guerra en España*, donde reconstruye una variadísima y testimonial obra inédita de Juan Ramón Jiménez, y *El ave en su aire*, el tercer compendio de su producción lírica, compuesto entre 1978 y 1984.

Uno de los primeros libros de 1986 sería su traducción de las *Memorias de España*, firmadas por el italiano Giacomo Casanova; le seguiría *El regreso de los dioses*, de una relevancia singular, por tratarse de la reconstrucción de un proyecto de Pessoa, del cual solo se conocían materiales y textos dispersos que Crespo ordenó y trasladó del portugués y el inglés. La tercera publicación fue un volumen de poemas del duque de Rivas, porticado por un denso estudio preliminar muy bien documentado; la cuarta, su edición de la *Antología poética* de Antonio Osorio. Es del siguiente año la hispanización de *Vertientes de la mirada y otros poemas en prosa*, un libro de Eugénio de Andrade donde se incluyen todas sus composiciones del tipo anunciado por el título. Data asimismo de 1987 *Las cenizas de la flor*, volumen en el cual Crespo reunió medio centenar de artículos propios sobre estética y poesía.

Tras esa condensada enumeración de aportes crespianos, recordaré que en Seattle, Ángel Crespo y su esposa Pilar Gómez Bedate (1936-2017) vivieron en una zona prominente, una suerte de colinita, muy cercana a la urbanización Laurelhurst y al recinto universitario, hacia el que se podía

ir caminando por un sendero entre árboles. La casa era de madera blanca, prefabricada y de una planta. Con techumbre de un gris pizarroso, la circundaban rimeros de flores diseminados por los bajos de la fachada, amén de algún que otro árbol en las esquinas. La parte delantera tenía cuatro ventanas, y una de ellas era un amplio ventanal por el que se podía atisbar el salón. En un extremo del mismo había una chimenea de las de entonces, y no de las eléctricas que con los años se han hecho tan comunes en los climas fríos de Norteamérica. El autor de la *Ocupación del fuego* solía quemar madera allí, práctica rarísima en el caribeño Mayagüez, donde residía habitualmente, y doy fe de que le complacía mucho hacerlo. La vivienda no contaba con garaje privado, si bien nunca le hizo falta a la familia, que tomó la decisión de prescindir del coche durante su estancia porque la ciudad era transitable a pie y el transporte urbano agilizaba mucho los desplazamientos. Los Crespo se sintieron desde el principio muy a gusto en Seattle, y por supuesto en el campus, con sus edificios majestuosos, recios y de ladrillo visto, que se alzaban sobre un terreno de césped donde correteaban las ardillas, tan ligeras y hábiles, pero también sabias, por astutas y precavidas.

El 14 de enero de 1987, Pilar Gómez Bedate me remitió una carta donde me hacía partícipe de las primeras impresiones, del todo gratas, sobre ese provisorio destino urbano y académico que les había deparado la profesión, pero también de sus ansias de conocer mundo y alcanzar el crédito intelectual y universitario. Copio aquí unos cuantos renglones de esta misiva, que conservo en mis archivos epistolares junto a otras también escritas por los Crespo:

Todo va muy bien y el sitio nos ha sorprendido muchísimo, porque, efectivamente, casi no parece americano. O, más bien, no parece nada americano: no sé si será por el Pacífico o por la frontera, o por los colonos escandinavos que se asentaron aquí, pero nos recuerda muchísimo a Suecia, aunque el clima es suave. Es como una Suecia en primavera. El *campus* es muy bonito y la ciudad una ciudad verdadera por la que se puede andar, pasear, ir de compras, como en Europa. Después de Puerto Rico —y conociendo bastantes ciudades americanas—, nos parece todo maravilloso e increíble. Desde luego que tienes que venir [...].

Y, por supuesto, acepté la oferta y me presenté allí. Ángel y Pilar acudirían personalmente al aeropuerto internacional de Seattle-Tacoma para recibirme a mi llegada, al igual que cuando los visité en San Juan de Puerto Rico un año y medio antes, en septiembre de 1985.

Me parece oportuno abrir ahora un paréntesis porque, ante todo, quisiera remarcar que no debió de resultarles tan sencillo, allí como en Puerto Rico, que su universidad me invitara a impartir una conferencia, por mucho que ensalzasen —exagerándolas sin lugar a dudas— mi trayectoria profesional y proyección académica a medio plazo. Como llevaban una década trabajando en la universidad puertorriqueña, estaban muy integrados en ella, de tal suerte que habían tejido una red de complicidades que les permitía promover invitaciones como la mía de aquellas fechas; bastante generosa, por cierto, pues no se limitó a una conferencia, sino que implicó varias, y ya no solo en el campus de Mayagüez, sino también en el de Río Piedras, en San Juan, e incluso en la Universidad Nacional Autónoma de Santo Domingo, gracias a las amistades que se habían granjeado en dicha institución. Excusado sería añadir que, no obstante, siempre surgen dificultades en tales casos, salvo muy contadas excepciones, como sabe bien todo aquel que asume la organización de cualquier acto de esa naturaleza.

En cambio, el caso de Seattle era bien distinto. A unos profesores recién llegados a una universidad extranjera, ese tipo de gestiones les resultan más arduas, sobre todo porque a casi nadie se le ocurriría plantearse, por parecerle un punto improcedente —y aun un desatino—, que un invitado recién llegado pretendiese a su vez invitar a un conferenciante. Empero, también es cierto que en el Department of Romance Languages & Literature el voto de los Crespo valía por dos, pues tanto Ángel como Pilar daban clase inicialmente. Esta renunciaría más tarde a la docencia sobre la cultura de la Ilustración española, pues, a tenor de la normativa fiscal vigente en aquel estado, perdían dinero si ambos cobraban un estipendio, según me contaron y les aseguraron expertos en esta materia. En cualquier caso, lo que importa es que se tomaron la molestia de realizar las diligencias necesarias para propiciar mi estancia, pese al poco tiempo que llevaban allí, como se desprende de la carta cuya lectura reanudo por donde la dejé:

(Desde luego que tienes que venir), pero nos parece que ahora mismo no sería posible porque tienen los planes hechos a un año vista: los planes y el presupuesto. De todas las maneras, vamos a hablarles de ello a los organizadores de las actividades culturales (con quienes todavía no nos hemos visto con calma) y, si hay alguna posibilidad, te avisaríamos por teléfono.

Al hilo de lo que Pilar me decía en la citada carta, referiré una anécdota adicional —y acaso curiosa—: ella me animaba a que les mandase una carta con noticias de mi parte, pero no al departamento, sino a su dirección personal, pues, en sus propias palabras, era una delicia para ambos encontrársela en el buzón, no demasiado alejado de la casa: “Esperamos noticias tuyas, a nuestra dirección particular, porque nos hace ilusión recoger el correo del buzón de metal cubierto de hiedra que hay delante del jardín de la casa”. Creo recordar que no tardé en enviarles una respuesta. Lo que sí pude comprobar *in situ* es que Pilar no había exagerado nada sus sensaciones sobre el buzón, ya que uno de los días de mi estadía en Seattle me pidió que la fotografiase junto a él y, por supuesto, yo satisficé su solicitud.

El resultado de los trámites de Ángel y Pilar fue que el departamento me invitara a dar una charla, por lo cual percibí honorarios, a fin de sufragar mis gastos de avión, que no fueron cuantiosos, en tanto que el vuelo no fue desde España, sino desde otro punto de Estados Unidos, donde me encontraba dictando otras conferencias programadas con anterioridad a la de Washington. A esta coyuntura se hizo alusión en la convocatoria en inglés de mi “gira”, donde se decía: “Professor Balcells presently is on a tour of several American universities”.

Al igual que en Mayagüez, el matrimonio Crespo me hospedaría en su casa, cuya dirección puedo anotar aquí exactamente porque figuraba al pie de la carta antes mencionada: 4750 44th. Av, N.E. Seattle, Wa. 98105 (USA). En dicha casa, y como en la de la isla de Puerto Rico, Ángel nos preparaba habitualmente las comidas a los tres, salvo en algunas ocasiones en las que lo hacía Pilar. Pero él cocinaba con gran satisfacción. Nunca olvidaba ponerse un mandil. De hecho, un día me animé a hacerle más de una foto de esa guisa, instantánea que a él le pareció simpática. Iba ataviado con una vestidura que ni su compañera ni yo lucimos nunca, toda vez que el poeta manchego iba sobrado en los menesteres culinarios,

aliviando así nuestro sentimiento de incomodidad por no ayudarlo en nada más que en preparar la mesa.

Di la charla el 8 de abril en el Padelford Hall, a las dos y media de la tarde. Hablé en español, aunque el título de la misma se anunció en inglés —*The Poetry of Miguel Hernández*—, idioma oficial de la comunidad universitaria en el que Crespo se defendía muy bien, aunque no tanto como su compañera. La presentación corrió a cargo de Gómez Bedate y asistieron varios profesores del departamento, entre los que se contaban Marcelino C. Peñuelas, George Shipley y Suzanne H. Petersen, quien se estaba especializando en estudios sobre el romancero panhispánico en el marco de su pertenencia a un grupo de investigación dirigido por Gonzalo Menéndez Pidal. Recuerdo que se sintió en especial involucrada cuando expuse la relación del poeta de Orihuela con el romancero, si bien le interesaban mucho más los romances de tradición oral, sobre los cuales había publicado ya algunas contribuciones académicas, cuyas separatas me firmó y dedicó. Después del evento nos invitó a cenar en su casa, donde vivía con su hijo Miguel, un pequeñuelo revoltoso de origen español que con sus travesuras le traía de cabeza al tiempo que le alegraba la vida, recargando sus energías.

Mi permanencia en Seattle, en casa de los Crespo, puede compararse a la que viví con ellos en Mayagüez durante el otoño de 1985: la mayor parte del tiempo se destinaba a leer y a escribir, además de escuchar música abstracta, menesteres a los que Ángel sumaba los suyos propios, tales como la preparación de clases, corrección de exámenes, ajuste de calificaciones y recepción de alumnos en su despacho. No puedo resistirme a contar una anécdota que le sucedió el primer día en que fue a dar sus lecciones, con un alumno suyo como protagonista: al verle este con su inseparable pipa en ristre, se acercó a él y le espetó, de buenas a primeras, si no le daba vergüenza ir fumando, con los años que tenía —superaba los sesenta entonces—. Nada le contestó el estupefacto poeta, pero sí me contó después a mí ese suceso, que le había dejado sin habla; lo hizo, eso sí, sin asomo de crítica a aquel joven, más bien a modo de señal de que los tiempos y costumbres no tardarían demasiadas décadas en dar el vuelco que ese extraño lance presagiaba.

El matrimonio Crespo congenió sobremanera con la profesora Suzanne H. Petersen, tanto que ambos la llamaban Suzy. Antes y después de

mi estancia habían tenido la oportunidad de hacer varias excursiones con ella desde Seattle, sede del condado de King; una de ellas a Canadá, Vancouver en concreto, en el automóvil con estructura y capacidad semejante a un *jeep* que esta poseía. Indiscutiblemente, tales salidas constituyen un capítulo de la vida del poeta manchego y la escritora zamorana que sería interesante reconstruir algún día, sobre todo a través de los recuerdos de esta colega departamental que les permitió conocer tantos enclaves y carreteras de singular atractivo panorámico, geológico, faunístico —por las focas de la costa nordeste americana— y botánico.

El fin de semana inmediatamente posterior a mi charla, Suzanne nos llevó, en un viaje de no pocas horas, al estado de Oregón, adonde apenas había traído a la pareja, por rutas que nos solazaron por sus espectaculares vistas al Pacífico, si bien sobre todo nos guió a través de otros parajes de gran belleza dentro del mismo estado de Washington. Ella debió de ser sin duda la autora de una fotografía en la que aparecemos Ángel, Pilar y yo, publicada en el número 97 la revista barcelonesa *Anthropos*, en 1989, un monográfico especial dedicado al poeta con el título de *Ángel Crespo. El tiempo en la palabra*. La foto está en la página 48, pero, lamentablemente, salió demasiado oscura. Es una verdadera lástima, entre otras razones porque no puede apreciarse más que un atisbo de las asombrosas anchas líneas y senderos florales que nos rodeaban y que aquel sábado lucían esplendentes, si bien con un sol un tanto apagado.

Ignoro quién escribiría lo que se dice al pie de la citada instantánea: “Con José María Balcells. Oregón, 1987”. A fin de ubicarla geográficamente, he de matizar que el escenario no fue, al contrario de lo que pueda pensarse, el espacio natural de Oregón conocido como *Wooden Shoe Tulip Farm*. En este lugar había comenzado a celebrarse desde 1986 un festival que aún perdura, al que acude un considerable número de personas cada año, siempre entre la última semana de marzo y la primera de mayo. Estábamos en el momento propicio para hacer esa visita, pero no fue allí donde nuestra generosa guía nos condujo para que gozásemos de esa extensísima área de tulipanes que exhiben sus múltiples explosiones coloristas. El caso es que la foto puede inducir al error de creer que se tomó en Oregón, pero en realidad fue en el estado de Washington. Saqué fotografías ese día a los Crespo y adquirí una postal del sitio para no olvidarme de cómo se llamaba —y sigue llamándose—. En el reverso de

dicha postal puede leerse lo siguiente: *Tulip Fields. Mt. Vernon, Washington. Roozengarde*. Le sigue una sucinta descripción en la que se pondera dicha zona —tan única y excepcional— de tulipanes, narcisos y también de unas plantas conocidas como iris: *Largest grower of tulips, daffodils and irises in the United States*. Aclarado queda, pues, el fallo del pie de la fotografía, acaso por una confusión entre dos extensiones florales que guardan algunas similitudes.

A modo de colofón de mis vivencias en Seattle, voy a dejar constancia de al menos un par de salidas de los perímetros urbanos que Ángel, Pilar y yo hicimos acompañados de Suzanne H. Petersen. Obviamente me mostraron el lago Washington y la bahía llamada Puget Sound, la cual contemplamos desde diversos emplazamientos para que pudiese tomar fotografías desde distintos ángulos. También fuimos viendo lentamente, desde el auto, un buen puñado de casas típicas de la ciudad, muchas de índole colonial, otras muy lujosas y diferenciadas entre sí por la estructura y el color. Entre las excursiones más allá de Seattle, no creo que pueda olvidar nunca la que hicimos a una reserva india, aunque sea por tratarse de la primera que visité antes de mis posteriores entradas a otras de diversos estados norteamericanos. Fuimos a uno de sus restaurantes, donde comimos un salmón ahumado preparado de un modo muy característico. Fue en la población de Neah Bay, casi siempre envuelta en niebla y llovizna. La reserva es tierra perteneciente a los indios Makah, y cuando entramos allí con el vehículo de Suzanne me produjo una sensación muy extraña —por no haberla experimentado antes—, tal vez un punto fantasmal, mientras veíamos a indígenas —pocos, eso sí— dirigiéndose a pie a un lugar cercano, o bien apoyándose al lado de unas casas de estructuras muy básicas.

De entre las salidas urbanas que hicimos Ángel, Pilar y yo recordaré otras pocas. Mientras que en Mayagüez no fuimos al cine, en Seattle sí que lo haríamos. No podría asegurar si vimos la cinta en una sala del legendario Cinerama, en el barrio de Belltown, pero sí que se me quedó grabada en la memoria la película que ellos eligieron ver: una de Woody Allen, que se había estrenado hacía ya unos meses, con Michael Caine y Mia Farrow como protagonistas. No estaba subtitulada, claro está, sino en versión original, y su título era *Hannah and her Sisters*. En el taxi que nos llevaba de regreso a casa, este filme del género comedia dio pie a



vivísimas y entusiastas apreciaciones del matrimonio Crespo. No podía faltar, y no faltó, la visita a un sitio tan emblemático como el *Pike Place Fish Market*, donde Ángel nos fotografiaría a Pilar y a mí frente a la puerta de esa famosa lonja de pescado, con diferencia uno de los emplazamientos más visitados de la ciudad. Recorrer dicho lugar se antoja un disfrute continuo para la vista, y también es una gozada cualquier pequeño intercambio de opiniones con los vendedores sobre el producto de los numerosos y variados puestos. No acudimos como turistas, que tan a menudo copan ese mercado, sino a hacer la compra, aunque el hecho mismo de hacerla ya supone una experiencia inolvidable.

En otra ocasión nos iba a llevar Crespo a una de las muchas tiendas esotéricas de la ciudad, a la que iba de vez en cuando. Allí le fotografié un poco a traición, juraría que sin darse cuenta él, pues no quise perder la oportunidad de captarle tan embebido, o, por mejor decir, extraviado, ante figuras de divinidades, velas y demás enseres, así como barajas de cartas, dispuestos en muebles o colgados de las paredes, a los que tantas significaciones místicas atribuía. El poeta tenía previsto escribir un libro sobre el Tarot y sus Arcanos y guardaba celosamente varias barajas, en alguna de las cuales le vi más de una vez con disposición a desentrañar sus posibles sentidos.

No me parece factible, en tanto que no disponemos de fechas precisas de composiciones concretas del manchego, identificar aquellas que pudo haber creado durante la temporada que vivió en Seattle. Cabe la posibilidad de que allí escribiera algunos textos pertenecientes a distintas cronologías en cuyo margen de datación estuvo comprendida la estancia estadounidense de la primera mitad de 1987, que cito aquí: *Ocupación del fuego* (1986-1989), *La llama entre paréntesis* (1987-1988), *Ni verdad ni mentira* (1985-1994) y *Tercer libro de odas* (1996-1990). Como desecho la idea de arriesgar especulaciones temerarias sobre la adscripción de textos a dicho período, me limitaré a anotar que dos poemas crespianos se inspiraron en espacios geográficos que se corresponden con su estadía, se elaborasen o no entonces.

Una de tales composiciones se incorporó al grupo que, en el volumen tercero de su *Poesía* (1996), se incluiría entre las canciones de una gavilla denominada *Cancionerillo breve*. Lleva por título “Elegía de la niebla de Seattle”. Figura en la página 370 de esa edición, llevada a cabo por Pilar

Gómez Bedate y Antonio Piedra y publicada en Valladolid por la Fundación Jorge Guillén. La otra pertenece al conjunto *El fuego verde*, datado supuestamente entre 1992 y 1994, y se llama “Árboles de Oregón”. Este texto elegíaco se compone de cinco estrofas de tres versos cada una, todos eneasílabos excepto los versos segundo y cuarto, ambos de once. No pretendo detenerme en un comentario de este poema, pues entiendo que no procede en “Lecciones y maestros”, donde el acento se pone en el factor biográfico y no en el poético. Sí me permito señalar que el sujeto lírico ve Seattle envuelta en el aura neblinosa que suele impregnarla, y que, con la aurora, va disipándose en partículas de agua, un fenómeno que tantas madrugadas pudo contemplar Ángel Crespo en Seattle, y al que se alude al final del poema, atribuyendo a la atmósfera un sentimiento de tristeza doliente, pues “hecha lluvia, la bruma llora”. “Árboles de Oregón” puede leerse en la página 302 del tomo tercero de su *Poesía* y fue concebido a modo de poema en prosa. Muy probablemente constituye, en el supuesto de haber sido inicialmente ideado *in situ*, una remembranza de arbolados que allí contempló, acaso en las no demasiadas horas que visitamos juntos dicho estado norteamericano, o tal vez en otro momento. Sin embargo, las alusiones que en el texto se hacen a esos árboles no requieren haber puesto siquiera el pie en Oregón. De hecho, la clave radica en el énfasis sobre el rasgo vetusto de tantas especies de árboles oregonianos, unos de los más antiguos de los Estados Unidos. La ciencia los designa con términos de especialización botánica del todo ajenos al saber del profano; términos a su vez no exentos de seducción poético-lingüística, como nos ha enseñado a ver Antonio Gamoneda en su *Libro de los venenos*. “Árboles de Oregón” acaba invocándolos así: “Árboles de antiquísimo nombre nunca pronunciado”.

Al comienzo de estas páginas sintetiqué muy concentradamente algunas de las principales contribuciones de Ángel Crespo a la poesía española contemporánea, así como a diversas modalidades del ejercicio de la filología, principalmente en los campos de la edición y la traducción. A partir de ahora voy a anotar sus aportes posteriores a 1987, que completan la que pudiera denominarse ficha bibliográfica mínima de este gran intelectual español del siglo XX, de quien se han dado a las prensas diversas obras póstumas desde 1995, fecha de su fallecimiento en Barcelona.

En la primavera de 1988 publicaría Crespo su innovadora biografía *La vida plural de Fernando Pessoa*, una de las primeras elaboradas fuera de

Portugal y traducida a distintas lenguas. Ese mismo año editaría las *Cartas de amor a Ofelia*, del escritor lusitano, con introducción y notas; y en 1989 le tocaría el turno a *Fausto*, tragedia subjetiva del mismo autor. En 1990 daba a conocer uno de sus poemarios fundamentales, *Ocupación del fuego* y diversas traducciones, entre las que destacan la *Antología poética* de Cabral de Melo y *El placer*, primera novela de Gabriele D'Annunzio. Un bienio más tarde vería la luz su versión española de los diarios de Cesare Pavese, con el título de *El oficio de vivir*. Y la siguiente añada me brindó la oportunidad de recoger en un volumen sus *Primeras poesías*, que comprenden desde 1942 a 1949. Poco después saldría el volumen de la *Poesía* de Joan Maragall, donde vertió al castellano sus textos en lengua catalana. En 1994 aparecen las traducciones incluidas dentro del libro *Poetas italianos contemporáneos*; y de 1995 data, por fin, la recopilación de sus estudios sobre Pessoa; *Con Fernando Pessoa*. Son póstumos su libro *Iniciación a la sombra* (1996), los tres tomos de su *Obra poética completa* (1996), los *Aforismos* (1997), la antología de sus *Poemas en prosa* (1998), creados entre 1965 y 1994, las páginas diarísticas incluidas en *Los trabajos del espíritu* (1999) y el volumen *Por los siglos. Ensayos sobre literatura europea* (2001).